

Reseñas

Jesús Moreno Sanz

Joaquina LABAJO, *Sin contar la música. Ruinas, sueños y encuentros en la Europa de María Zambrano*, Madrid, Endymion ensayo, 2011.

El hilo encantado

Potenciando al máximo sus anteriores investigaciones sobre las relaciones entre música, cultura, sociedad y género, Joaquina Labajo compone este libro –ágil, inteligente, erudito, irónico, y al fin, y por todo ello, hermoso y sumamente ameno–, provocado inicialmente por la lectura –confesadamente no exenta de perplejidad para esta musicóloga– de *Notas de un método* de Zambrano y su misma apelación al «sentido musical» de esas Notas. Y así desde ellas –y en un amplísimo contexto cultural de los siglos XIX y XX que le sirve de horizonte– se van pautando capitales temas de esta pensadora, como, en general, sus relaciones con el esoterismo, y en particular el pitagorismo, la teosofía, el simbolismo, la *philosophia perennis*, no menos que con las crisis europeas del siglo XX, y en suma, con la crítica al racionalismo, al positivismo y a lo que la pensadora denomina el «suicidio occidental». Y ese esencial elenco temático se va realizando al compás del recorrido por los avatares culturales, políticos y sociales europeos y americanos (del Norte y del Sur) que van mostrando el amplísimo horizonte en que se mueven las sucesivas etapas vitales de Zambrano: hasta 1939 en España, de 1939 a 1953 el exilio en México, Cuba y Puerto Rico, y sus mismos saltos a Roma y París; y de 1953 a 1984 en la Europa en ruinas y de la Guerra Fría (Roma, el bosque suizo-francés y Ginebra).

Con todo ello va logrando este libro su inicial propósito de configurar «una curva de experiencia», que su autora atribuye a C. Geertz, pero que tiene profundas raíces en la «curva de vida» de L. Massignon, el esencial maestro de Zambrano, por lo demás bien presente en este libro. Curva de experiencia y de vida de Zambrano que va siendo hilada a la rueda-rueca (lo explico enseguida) cultural europea de los siglos XIX y XX, con la que Labajo pone ante el lector, en un por momentos vertiginoso movimiento, muy diversos radios de autores, temas y avatares culturales, que manifiestan –como dice el subtítulo de este libro– las *Ruinas, sueños y encuentros en la Europa de María Zambrano*.

De la Gretchen-Margarita del *Fausto* de Goethe –como metáfora tan real de la rueda-rueca del hilar puesta en práctica por este libro– a María Zambrano, se propone este libro crear una gran red para la memoria occidental que sirva para rescatar y activar una nueva –y de cierto muy liberadora en el mismo desenfado y la sutil ligereza de su escritura– lectura del pasado y sus sueños, ruinas y encuentros, y obvio es, su misma proyección hasta la actualidad. De forma que se va componiendo un excelente «observatorio» que –con su irónica, distante, muchas veces escéptica, y siempre muy clarificadora mirada– va pautando una singular historia cultural europea guiada por los senderos que transita la música, haciendo verdad esas discontinuas «notas en el sentido musical» de Zambrano; pero

también tres afirmaciones de la pensadora que no se hacen explícitas en el libro, y con las que sin embargo halla múltiples acordes y acuerdos: «la música sostiene sobre el abismo a la palabra», «acaso es el músico, y no el filósofo, el protagonista de la historia de Occidente», y «fragmentos de un orden remoto que nos tiende una órbita».

Acorde con esas tres afirmaciones zambranianas, la memoria cultural europea que aquí aflora se ofrece en 12 estampas-capítulos que funcionan –por veces muy filmicamente– como esos radios confundidos que pone en marcha la rueda-rueca de Gretchen, y que van creando un friso en movimiento en el que van convergiendo sustanciales temas culturales al compás que se teje una especie de polifonía que aboca a la escritura a medirse con abismos, ruinas, sueños y encuentros, creando un hilo encantado que orbita fragmentos (de música, de ballets, de decorados, de cine, literatura, psicología, antropología o filosofía) en una vertiginosa red de conexiones culturales, sociales, políticas, económicas y geoestratégicas, en complejos y cotidianos entramados de los que nunca se pierde el hilo, contando siempre con la música.

A lo largo de los cuatro primeros capítulos, quizá al lector pueda parecerle que la propia Zambrano aparece en exceso al trasluz y a ráfagas, pero muy inteligentemente esa cierta penumbra va progresivamente cobrando claridad, de forma que serán de especialísimo interés contextual para los avatares de la pensadora, desde Roma a La Pièce y a Ginebra (1953-1984), los cinco capítulos-estampas finales que tanto revelan de las interconexiones de las propias ruinas (y de cierto, muchos fracasos y naufragios), y de los sueños y encuentros de Zambrano con aquel entramado europeo, y especialmente italiano, tan vivenciado por aquella, de comunismo, fiebre religiosa en torno a los preludios y consecuencias del Concilio Vaticano II, el cine, los entresijos y trasfondos políticos de las publicaciones en que colabora Zambrano, así como de los esenciales amigos de esta, sobre todo en Roma, como Elena Croce, Elemire Zolla o Vittoria Guerrini, y sus vínculos con el nuevo humanismo y con el tradicionalismo, el jungiano Círculo Eranos en Ascona, o las diversas instrumentalizaciones políticas de tantos intelectuales y músicos (tales Stravinsky o Adorno), o a *sensu contrario* la negación de la Beca Bollingen a Zambrano para su investigación acerca de los sueños por no ser exactamente susceptible de esa instrumentalización. Y al fin se patentiza cómo las doctrinas perennes y los simbolismos herméticos se verán engullidos por el Pop y por Holywood en «encuentros del tercer tipo» (título del capítulo final), en los que toda cosmogonía queda intervenida por lo cotidiano y lo relativo, desorientando a tantos músicos (Ansermet o el permanentemente «mediador» Igor Markevitch) o escritores bien conocidos de Zambrano como Victoria Ocampo y Alain Danielou, en el entrecruce de múltiples desmoronamientos y turbios crímenes (como el propio asesinato de Aldo Moro), frente a los que la música fallaba ante la sordera de «las matemáticas» del poder. Y el lúcido final pone de manifiesto cómo, a pesar del hundimiento (que Fellini describe en su *Prova d'orchestra*), las notas musicales, y sus silencios, eran un método para que aún la música pudiera contribuir a la paz, como intentó el mismo Casals o la propia adaptación de la Oda a la alegría de Schiller de la 9.ª sinfonía de Beethoven. Como intentó la propia Zambrano ordenando en una carpeta sus notas en sentido musical y volviéndose a España en 1984 (y tan solo le añado a la autora que el 20 de noviembre, conmemorativo de la muerte de Franco), donde ya podrá publicar *Notas de un método*, que tuvo la suerte de propiciar esta lectura contextualizante, tan desmitificadora como esperanzada, de Joaquina Labajo.

Sara OrtizMaría ZAMBRANO, *Confesiones y guías*. Edición, Introducción y notas de Pedro Chacón, Madrid, Entelequia, 2011.

Pedro Chacón nos *guía*, en la edición que aquí presentamos, por los textos que la pensadora María Zambrano escribió sobre las confesiones y las guías, dos géneros literarios que han sido olvidados y oscurecidos por el brillo de los sistemas filosóficos, pero que debido a su significación profunda, como «su persistencia y vida aún no extinguida indican», es preciso recuperar.

La presente edición se abre con un estudio introductorio de Chacón que ofrece al lector una previa familiarización con los 5 textos que le esperan, uno hasta el momento inédito.

Con este propósito, el autor destaca los aspectos más relevantes que se desprenden de dichas reflexiones y sitúa al lector en el origen del pensar zambrano; un pensar que nace desde la agonía, desde el fracaso y la crisis del hombre occidental a consecuencia del intelectualismo racionalista que dominaba el panorama filosófico-político-moral y científico del pasado siglo xx. Como se sabe, este intelectualismo de herencia cartesiana, que pretendía «apoderarse de la verdad de las cosas y del propio ser humano» (pág. 13) con la finalidad de conseguir un conocimiento objetivo y universal, produjo un abismo entre la razón y la vida que hizo caer al hombre en un profundo vacío.

Frente a este panorama de crisis de la cultura occidental asevera Chacón que nace en Zambrano «un anhelo, que se le impone como necesidad, personal y social: hacer posible la recuperación de un saber que no se distancie del ser humano, de su vida, que sea fiel a la verdad que se esconde en el fondo y se desvela desde su centro, un saber de las entrañas» (pág. 12), de aquellas cosas o acontecimientos que se depositan en el alma no siendo «traducibles en razones» y cuya realidad «no muestra su faz a la inteligencia». Este saber sanaría las graves enfermedades humanas producidas por el olvido voluntario de la tradición filosófica sobre esas entrañas, sobre esa «intimidad», que ha ocasionado que el hombre sea «un extraño para sí mismo», que ande enajenado y sea un «huésped extraño en la propia casa» (pág. 95).

Para llegar a este saber de las entrañas Zambrano indaga en otros «caminos del pensar», en aquellos senderos que la razón moderna despreció por no concederle el ser, de este modo rompió con el paradigma filosófico que al identificar el ser con la razón hacía enmudecer a la vida instintiva.

La posición filosófica de Zambrano ante la dualidad entre razón y vida —a diferencia de otros pensadores que optaron por su separación, como Miguel de Unamuno quien en *Del sentimiento trágico de la vida* escribe que «todo lo vital es irracional, y todo lo racional antivital» para concluir que toda posición de acuerdo y armonía entre ambas es imposible— es, y en esto comparte la idea orteguiana de la *razón vital*, de unidad. Así, la pensadora se pregunta: «¿cómo salvar la distancia, cómo lograr que vida y verdad se entiendan, dejando la vida el espacio para la verdad y entrando la verdad en la misma vida, transformándola hasta donde sea preciso sin humilla-

ción? [...] Es que la vida necesita revelarse, expresarse. Si la razón se aleja demasiado, la deja abandonada; si llega a tomar sus caracteres, la asfixia» (págs. 44-48).

Nuestra pensadora cree encontrar esta unidad, poniendo así tierra de por medio al abismo entre razón y vida, mediante la recuperación de aquellos géneros olvidados como son las Confesiones, las Guías, las Epístolas, las Meditaciones, las Consolaciones o los Diálogos que lejos de transmitir verdades objetivas, tal como acontece con las formas puras y sistemáticas en que se ha vertido tradicionalmente el pensamiento occidental, expresan el saber de la experiencia de cada sujeto, el saber vivencial. Así, dice Zambrano que la confesión es un género literario que «aparece en momentos decisivos, en momentos en que parece estar en quiebra la cultura, en que el hombre se siente desamparado y solo. Son los momentos de crisis, en que el hombre, el hombre concreto, aparece al descubierto en su fracaso» (pág. 53). Mientras que «la Confesión es el descubrimiento de quien escribe», «la Guía está por completo polarizada al que lee, es como una carta» y «en ambas está presente el hombre real con sus problemas, y el pensamiento existe únicamente como dimensión dentro de algo más complejo: una situación vital de la que se quiere salir –la confesión– o una situación vital de la que se quiere hacer salir a alguien –la Guía» (pág. 109). Tanto las Confesiones como las Guías «comparten –señala Chacón en su Introducción– aquel rechazo de la voluntad sistemática y aquel apego del pensamiento a la vida propio del saber de experiencia» (pág. 25). Ambas pretenden recobrar la unión entre razón y vida, permitiendo que esta se exprese, mostrando sus verdades latentes que anhelan salir al exterior para cobrar un sentido y otorgarles así su *logos*.

Recuperar estas reflexiones de Zambrano quizá nos sirva –en un momento también de profunda crisis, de desencanto ante los sistemas políticos y financieros, de enajenamiento y perplejidad ante los avances científicos y técnicos...– para sanar nuestra situación vital porque nos muestran un camino y un método para coser el desgarro de nuestro tiempo.